



HOMILIA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL CARABALLO, XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO 13/VIII/2023

Muy apreciados hermanos:

Aprendimos en el Catecismo que hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida, y gozar de Él en la otra. Y cada encuentro que tenemos con Dios en la Eucaristía nos ayuda a cumplir este objetivo, pues tenemos la oportunidad de escuchar su Palabra, recibirlo en la Sagrada Comunión y descubrir su presencia en medio de la comunidad de fieles. Por eso, queridos hermanos, como Elías, debemos dejar, en esta hora de oración, todo el bullicio del mundo, todas las preocupaciones, y abrir bien nuestros oídos y corazones para aceptar las bendiciones que el Buen Dios quiere otorgarnos.

Como cristianos, es decir, como seguidores de Cristo, debemos mirar al Señor con el fin de imitar su conducta y reproducir en nosotros sus actitudes, para tener sus mismos sentimientos y poder decir como San Pablo: “ya no vivo yo, sino es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20).

Y la Iglesia, en este domingo, nos invita a conocer un poco más a Jesús, en su faceta humana y divina, y a erradicar nuestros temores y miedos, que son una manifestación de que no tenemos a Jesús como centro de nuestra vida.

- En el Evangelio, **vemos claramente el amor de Jesús a los hombres**, a quienes vio como ovejas sin pastor y sació el hambre de la multitud. No hay en Jesús otro interés que el de auxiliar y manifestar su amor por todos ellos. Y tiene el detalle de despedirlos personalmente. De esta manera demuestra su interés por cada uno. Jesús quiere conocer a cada uno por su nombre. Esta conducta de Jesús confirma lo que enseña de sí mismo: “Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas; el pastor de las ovejas llama a cada una por su nombre” (Jn 10,14.3).

- Y, por otro lado, **manifiesta también su amor por su Padre**, pues dice el evangelista que: “después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo”. Esta frase vale más que un extenso tratado sobre la oración. Jesús tenía necesidad de recogerse en la soledad y el silencio para entregarse a la oración. Después de la agitación de la jornada, al atardecer, necesitaba tener este trato de intimidad a solas con su Padre. Esto es lo que han anhelado todos los místicos y contemplativos: “Estar a solas, tratando de amistad con quien sabemos nos ama”, como decía Santa Teresa de Jesús. También sabemos, por el Evangelio, que Jesús se levantaba antes de que saliera el sol y se retiraba a orar. Y en los momentos más importantes: antes de elegir a los apóstoles y antes de entregar su vida por nosotros, pasó toda la noche en oración.

En la segunda parte del Evangelio, nos presenta la actitud de Pedro, hombre

intrépido que, al reconocer a Jesús, le pidió ir hacia Él sobre las aguas. Por una parte, vemos la confianza que tenía en Jesús, pero, por otro lado, cuando quita la mirada de Jesús, y ve las olas del mar, y siente el frío y la fuerza del viento, duda, y en un acto de desesperación, pide al Señor que lo salve.

Podemos identificarnos con este episodio bíblico. Nuestra vida se parece a esa barca agitada por las olas a causa del viento contrario. Esa barca puede ser la propia familia, la salud, los negocios; el viento impetuoso, puede ser la crisis económica que estamos viviendo, la incompreensión de los familiares y los amigos, la dificultad de encontrar un trabajo que permita sacar adelante la propia familia. Quizás al inicio, como Pedro, hemos podido superar esos obstáculos, con la ayuda de Dios. Pero, a veces, cuando la prueba es prolongada y dura, vemos más los problemas, apartamos nuestra mirada de Jesús, y comenzamos a debilitarnos, perdemos la valentía y nos hundimos en los problemas. Esto siempre nos sucede cuando nos distanciamos del Señor.

Debemos imitar a Pedro: si alguna vez sentimos que no permanecemos de pie, que nos hundimos, repitamos la súplica de Pedro: Señor, ¡sálvame! El Papa Benedicto XVI, explica este episodio así: *«se inclinó y le tomó de la mano. Sólo con tus fuerzas no puedes levantarte. Aprieta la mano de Aquel que desciende hasta ti y esto no lo dice sólo a Pedro, sino también a nosotros. Pedro camina sobre las aguas no por su propia fuerza, sino por la gracia divina, en la que cree; y cuando lo asalta la duda, cuando no fija su mirada en Jesús, sino que tiene miedo del viento, cuando no se fía plenamente de la palabra del Maestro, quiere decir que se está alejando interiormente de él y entonces corre el riesgo de hundirse en el mar de la vida. Lo mismo nos sucede a nosotros: si sólo nos miramos a nosotros mismos, dependeremos de los vientos y no podremos ya pasar por las tempestades, por las aguas de la vida»*.

Un gran ejemplo de valentía nos lo da la Santísima Virgen María, que no tuvo miedo a nada, pues había recibido la promesa: “la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1,35), y Ella creía sin vacilación alguna como lo declara Isabel: Bienaventurada tú, la que crees (Lc 1,45). También los apóstoles y nosotros fuimos liberados del miedo después que se cumplió esta promesa de Jesús: “Recibirán fuerza, cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y de este modo serán mis testigos” (Hch 1,8). Por eso, el Señor, en los momentos más difíciles, nos dice: ¡Ánimo, yo estoy con ustedes! No tengan miedo. Así sea.

Dios les bendiga abundantemente, y les proporcione las fuerzas para no apartarse de Él.

+ 
† Angel F. Caraballo F.
Obispo de Cabimas

